

Jud, el mediocre

Francisco Tario

Tribus son las de los titiriteros y contadores públicos, las de las contraltos y nodrizas. La suya constituía, en efecto, una gran familia, compleja y linajuda, con todo y sus descomunales raíces, sus verduzcos levitones, su lengua fácil o desvaída y sus inevitables herencias. Y como en toda grey heterogénea, sus ojos podían ser grises, violeta o azul marino; y podían ser torvos, vidriosos, biliosos y hasta enigmáticos. Podían ser ojos de avestruz, de cangrejo, de cebú —rara vez de hombre. Incluso, podían ser ojos de asno, pensativos y corteses. Y miraban al mundo y los hombres desde su carcomido enrejado, como implorando una zanahoria. No eran, pues, ojos humanos de lágrimas pesadas y alegrías conmovedoras; eran unos ojos absurdos como dos tinteros vacíos, ciegos como dos pozos sin agua, como dos sortijas de plomo.

Justo es que particularmente sus ojos hayan logrado inquietarnos.

Jud se llamaba —estúpido nombre extranjero que lo hacía pasar entre los enterados por biznieto de Thomas Hardy. Ya esto era una carga. Tampoco habitaba en la tierra. La tierra consta de tantas degradantes e insulsas cosas como son el amor, la amistad, la muerte, las verdolagas, el placer, la erisipela, la piedad y la alegría, y él habitaba un cuartito de 3x4 poblado de espejos invertidos donde muertos ilustres y otros ilustrísimos moribundos se asomaban a la superficie para guiñarle el ojo y conducirlo en silencio a lo largo de una aristocrática avenida. Keats, Bergson, Virginia Woolf, Eliot, con sus delantales blancos, lo conducían de la mano por unos encantadores macizos de crisantemos y le ofrecían compota de pera o le pellizcaban los carrillos.

Si ocasionalmente entraba el sol en sus dominios —de cinco a seis de la tarde— ello le producía desaliento: tiraba entonces de las cortinas, volvía el rostro hacia

el Oriente y daba la luz eléctrica. Un plateado resplandor de leche helada alzábale simultáneamente de los espejos. Rara vez se sentía confortado o medianamente melancólico. Sí es cierto, en cambio, que sus ojos —violeta, azul marino, amarillos— denunciaban con el cambio de estaciones la opacidad prematura de una seria afección hepática. Fumaba con exceso, y transcurría el tiempo. Se lo decía su mujer, se lo daban a entender los niños con aquellas suplicantes miradas de:

—Juega un rato con nosotros. ¿Y para esto nos has traído?

Se lo decían sus muros, especialmente aquel de frente a su escritorio y al cual miraba Jud desalentadoramente, como se mira un lago con las últimas luces de la tarde.

Mas Jud no comprendía. Jud entendía un lenguaje viscoso de símbolos y papel de china al que no son asequibles los muros, las mujeres y los niños. Podría haber sido trágicamente desdichado, y no lo era. Optaba a veces por exhibirse circunspecto o bullanguero, y ni eso lograba. Un verdadero infortunio habría rescatado a Jud evidentemente. Cuando el hombre acepta su catástrofe, ya obtuvo su diagnóstico: tiene la salvación a mano. Quizás la intuición de la muerte, al través de su reloj de mesa, le habría mostrado hoy algunos hechos, revelado algunas lacras, descubierto ciertos órganos indispensables y se habría resuelto, por fin, a jugar con los niños. En una palabra, se habrían sentado frente al Poniente, al crepúsculo, como las recién casadas junto al mar.

Dos lejanas tardes pudieron ser para Jud decisivas. En dos tardes distintas pudo y no quiso encontrar su camino. Su renuncia a existir, creo, no tiene ya remedio. En aquélla rechazó un empleo; en la última, un amor. Pero veamos del modo más sencillo y ordenado cómo fueron ocurriendo los hechos.

En cuanto al empleo, Jud dedujo desde un principio que se trataba del empleo entre mil, del mil y un empleos, al cual debería sustraerse en atención inmediata a su inteligencia creadora. El soneto de las cifras, el ensayo de los sueldos, la inefable cantinela de las vacaciones anuales le habrían deparado su lugar justo y preciso, el que a Jud correspondía. Le habrían dado una mujer —otra o la misma, esto no suele ser grave—, le habrían dado otros niños —cruelmente enigmático— y los domingos y días festivos habrían tenido para Jud un significado distinto. No es ciertamente muy atrayente ir detrás de Plutarco, de Periquito, de Maruquita, de Horacio y Agamenón, con sus lindos globos de colores, una mañana de junio, del brazo de quien sea, a lo largo de la húmeda calzada de los poetas. Mas otra calzada sí podría elegir, entre tantas, mientras el sol caía al través de las guirnaldas de heno y en algún escritorio del mundo un hombre de verdadero talento se debatía con sus dóciles fantasmas.

Cuando a un niño se le desprenden los dientes, la vida cobra toda su trágica investidura. Y es saludable la tal melancolía, en la medida que un poema. Pero Jud no quiso persuadirse y volvió la espalda al empleo, al Poniente y, como una prostituta del pensamiento, alzó los párpados, suspiró y se bajó las faldas. Calculaba indudablemente que el amante no merecía la pena.

La segunda tarde, lluviosa, durante una visita ocasional a su pueblo, repudió un amor. Era la tarde precisa, señalada con signos de fuego, en que el dedo del Destino



DIBUJO DE ELVIRA GASCON.

Tomado de *México en la Cultura*, 14 de octubre de 1951, p. 3.

habría de brindarle nuevamente el rescate. Mas Jud, en la aciaga tarde, contempló sin interés las bugambilias, se miró las puntas de sus zapatos, miró después a lo alto —blancas nubes provincianas—, examinó los caminos con claros charcos, la casa en que había nacido, la blusa y las palomas, los labios que se le abrían y también sonrió.

Por la noche, en el tren de las nueve y cuarto, regresó a la ciudad.

Y otra vez ante sus espejos probó a sonreír; mas ahora cínicamente altanero, consciente de la carne humillada, con la risa de San Antonio tras la undécima tentación. Híbridos rostros de muertos y moribundos le dieron la bienvenida con júbilo. Y se sentó. Todo hombre de consecuencias —adivinaba— dispone de su propio e intransferible destino, y el volver la espalda a ese destino es renunciar a la propia fortaleza y capacidad. Jud estaba ya ante el suyo propio: limpio, ideal, expedito. Prefirió no ser hombre, en fin.

Hoy ya tenemos a este Jud amorfo, de ojos dorados, bilioso, sin destino, en el fondo de su acuario prenatal.

Podéis observarle con cuidado, por entre los transparentes espejos, inclinado sobre su mesa fría, helado su pensamiento estéril, fría su mano sin tacto, amputado por el vientre, tiritando de frío en la ardiente noche de junio, entregado al inmóvil juego de la putrefacción anticipada. Un calosfrío de estupor nos sacude al verle. Diríase que es un solitario. Mas la soledad es fuego y las flamas de cualquier hornilla nos alcanzan, impidiéndonos aproximarnos. En cambio, a Jud podemos palparlo, ordenarle sus sudorosos cabellos y aspirar el vago aroma a cempaxóchitl que despiden

sus axilas. Nos oye y podemos decirle algo. No es propiamente un solitario; es un hombre solo. Y actúa. En todas partes podemos encontrarle. Nos exhibe su juego, la palabra ajena, su calavera en la mano, su muerte misma. Y no es un muerto, no por cierto. Gira, manotea, saca la lengua, está aún pendiente de morirse. Vocifera en público, insinúa en privado, ensaya ensayos, cita citas, informa sobre filosofías y tendencias, sobre presencias y decadencias, quiere odiar, odiar como un ser vivo, enardecerse, justificarse, persuadir, descifrar —podía ser un excéntrico. Misteriosas jornadas de alpinismo intelectual lo aguardan en su sarcófago. Bulle, es cobarde, injuria, bebe café; todo con estrecha sonrisa. Lo aprisiona el desgano, nunca el ocio. Jamás el ansia, tiernamente el capricho. No se entrega; respinga. Roe, nunca devora. Me gustaría que hablara a solas. Es el milagro geométrico entre la curva y la recta, entre la beatitud y la culpa, entre el misterio y la risotada, entre el mitote y el caos: el limbo, la sintaxis. Podría ser un bienaventurado. Mas ha dejado de pertenecernos, lo cual ya es más doloroso. Se escapó de nosotros como el gas de una botella. Ríos y playas le lloran y las señoritas le ven pasar con indiferencia cual si se tratara de un modista fuera de época. Su utilidad humana aún no ha sido descubierta.

Hoy, en tanto corre el otoño, Jud se enfrenta a una última situación de privilegio: su mujer se ha enamorado. El amor cayó en ella como cae la fruta del árbol: soez y musicalmente, sin paliativos. Era tarde, pasadas las diez y media, y su mujer no regresaba. La recibió inquietamente a la puerta.

—Es tarde —dijo. Y estornudó.

Y ella:

—Sí, muy tarde.

Y escapó la mujer rumbo a su cuarto, todavía recién peinada, con los carrillos un poco irritados por la fuerte barba del amante. La tarde, pródiga en concesiones y violencias, había dejado en su ánimo un fragor de rebeldías, un “que se destruya todo” que le quemaba la lengua. Ya en la intimidad de su alcoba, se dejó caer pesadamente sobre la cama, mirándose de soslayo los hombros. Jud insistía afuera, con el tono de un despertador en hora:

—Demasiado tarde, tardísimo, ¿qué haces?

Amaba, eso hacía. Amaba como lo hacen las hienas y las hormigas, que es el más saludable amor de que se tiene noticia. No engañaba a Jud. Ningún daño especial le hacía. Amaba, lo cual es diferente. Tenía noción clara de sus vísceras, de sus órganos, de su existencia. Existía. Y existía para el otoño, para la flor, para los perejiles y la luna, y la erisipela. Existía para el hombre y se había tropezado con el primero. Un ser nada singular, de cabellos rizados, quien no la amaba propiamente, sino que también existía. Dos vidas ávidas y resueltas se columpiaban alocadamente en tanto que Jud prevenía desde el césped:

—Demasiado tarde, comprende.

Cierta vez se lo aclaró ella:

—No te amo, no te amo más. ¡Soy muy desdichada!

No lo era. Mas comenzó a serlo a partir de aquella hora, al través de todas las lluvias, los resplandores y los perejiles.

Jud se refugió en su cuarto de 3x4, las comidas se volvieron sucesivamente más tediosas y un inexplicable misterio, como el que precede a una muerte repentina, presidió los menores actos. Como que se alargaba el tiempo, como que el tiempo se inflamaba amenazando con saltar en rojos fuegos de artificio. Jud preparaba su poema, el mausoleo —trescientos ochenta y nueve versos. Lo iniciaba apenas: desde hacía dos años.

—¿Saldrás hoy? —él preguntaba.

Y la otra:

—Debo salir, date cuenta.

Y luego:

—¡Necesitan zapatos los niños!

Ni la vio alejarse desde su ventana, que es lo que procede en tales casos. En la oscurísima tarde esto le hubiera convenido. Cómo pisaba ella sobre la acera humedecida, incierta, todavía suya, desventurada. Jud dio un portazo en aquel momento, penetró de un salto en su sarcófago y se entregó en alma y cuerpo a su juego.

Miserable azar de fórmulas e incapaces palabras. Ay, y es que las palabras son cabalmente explícitas, genuinas, demoledoras. Las palabras son siempre responsables de su propio hechizo. Y no es posible burlarlas. Las palabras tienen su raíz al espíritu y, al negárseles el espíritu, se niegan a existir abiertamente. Huyen entonces y vuelan y, en vez de explicar, confunden. Se transforman en negras aves sin alas y nos golpean con sus desplumados vientres la frente, conduciéndonos a la locura. Implacables y claras, palabras que se niegan al hombre cuando el hombre pretende inmolarlas, hacer escarnio de la rica sangre que manan. Ojos vivos y atentos que nos vigilan. Inteligencias en movimiento que nos cercan, nos interpelean, nos ríen o nos desprecian, listas siempre a espaldas nuestras para saltar y amarnos o rehuirnos o consentir o escapar, exactas y justas, esclavas de la lealtad humana, de la verdad poética, de la alegría y el dolor del hombre.

Jud, como en los cuentos de Poe, se debatía en aquel horrible aleteo de vientres desplumados. Declinaba, igual que un cabo de vela. Mermaba. El poema de trescientos y pico de versos entraba a la vez que en su segundo año, en su décimo quinto verso. Si al menos se hubiera detenido a observar su mano joven, de uñas chatas. A escuchar la lluvia, que tan dulces habría de volver las otoñales tardes ajenas. A olvidar, en fin, aquella rebelde palabra que miraba alejarse con la marea.

Un desarreglo gástrico lo obligó semanas más tarde a interrumpir su trabajo. Tal vez se resolviera por el ensayo. O por el cuento —sobre un mito de Pirodés, hijo de Ciclix, aunque tenía tres conferencias pendientes. Y aquel prólogo.

Una mortal dosis de antisépticos lo devolvió a sus espejos.

Enflaquecido y estúpido miraba al muro y el muro lo miraba a él, como un espejo a otro espejo. Muertos y moribundos ilustres, en hacinamiento escandaloso, lo alentaban bárbara e inicua mente, desternillándose de risa para sus adentros. Y lo seguían al café, a la tertulia, al teatro, al inodoro. Se complacían en someterlo, en triturarlo, en disolverlo para soplar después con sus augustas y macabras bocas y hacer que Jud, con el polen de los árboles, se desperdigara en el aire.

—Mi poder está en el método —en el alambre, quería decir; dialogaba—. ¡Crearé!

Ya el amor adúltero se desarrollaba a sus espaldas como un florido manzano, exhausto de frutos.

Y consultando el reloj, mordía rabiosamente el lápiz.

—Muy tarde, de veras.

Dramáticas desfachateces. Un día cayó enfermo, ahora sí de gravedad. Los poemas y el intestino tienen también su resistencia. Alta temperatura, escalofríos, diarreas. Jud se revolvía entre las mantas y terminaba el otoño. Durante los mediodías, su mujer entreabría indecisamente la ventana procurando que Jud contemplara un instante el cielo. El sol aparecía, se nublaba, aparecía otra vez y se hacía de noche. Solía también ella tomarlo de la mano. Él pedía agua, té, un terroncito de azúcar. Una noche barboteó:

—Creo que voy a morirme —y sí pareció entristecerse.

Los niños, habituados de tiempo atrás a “¡Cuidado, no hagan ruido porque su papá está escribiendo!” extendían silenciosamente el rompecabezas en el suelo. La mujer salía raramente a la calle, por no preocuparlo. Inicua, sucia vida que la había hecho exclamar en una ocasión:

—“No te amo, no te amo más. ¡Soy muy desdichada!”

Sabía ahora que amaba a Jud, que era lo único que amaba. Al través de la miseria misma.

Fueron noches largas y rojas aquellas noches de Jud, el enfermo. Mas el mundo de los enfermos es un reino inesperado, misterioso e incomprensible, como el de los poetas. ¡Y el mundo de un poeta enfermo! Jud examinaba a su esposa, a sus hijos, a los amigos que acudían a verle —dos— y, sin proponérselo ni explicárselo siquiera, únicamente alcanzaba a mirarse de reojo a sí mismo. Quienes presentían este oculto malabarismo guardaban silencio. De los pequeños ojos amarillos escapaba ahora una especie de chispa de azufre. Alguien dijo, silabeando:

—Plasma su poema.

Y unos y otros, desde el fondo de sus corazones, se sintieron más alentados.

Hacia una noche pésima, Jud sentía frío; y con el extravagante delirio. Después, un calor imposible, en virtud del cual no se apetecía el café de veras. Tres veces cada noche, las tres conferencias pendientes acudían a visitarlo, siempre a la misma hora, puntualmente. Eran tres y las tres con sus rostros flácidos, envejecidos, igual que tres enlutadas histéricas, se disponían a observarlo un buen tiempo. Se sentaban sobre su cama y aguardaban algo; después se hurgaban las narices, cambiándose alguna seña y por fin desaparecían. Simultáneamente entraba el prólogo, aquel prólogo pendiente, con una chistera color de rosa y un bastoncito en la mano. El prólogo tenía la voz muy ronca y unos finísimos lentes de oro. Hacía:

—¡Je, je! —y tras golpear a Jud con la chistera en un hombro, se encaminaba a la puerta. Allí la mujer le prevenía:

—Jud le cumplirá, se lo prometo. ¡Jud nunca dejó a nadie en la calle! Pero todo tiene su tiempo.

Y a poco:

—¿Duermes?

—No. Puedes ir a buscarles zapatos a los niños, si quieres.

Jud no mejoraba. Y aunque se había terminado el dinero, vino un segundo doctor; y el tercero. Los doctores examinaban al enfermo, le levantaban los párpados y la lengua, le oprimían preocupadamente las uñas y daban unas vueltecitas por el cuarto. Posiblemente pensaran que estaba muerto. En cuanto a Jud mismo, sabía muy bien que vivía, aunque no se esforzaba en probarlo.

Dispersas visiones lo desvelaban ahora, demostrándole groseramente que la vida es ardiente, insensata, rica o siniestra, pero incomprendible.

Tan pronto se imaginaba ser un chicuelo de fuertes piernas que chapoteaba en el lodo, como un marinero sin piernas que jugaba a los dados en un tugurio. Ya un criminal enajenado que caía en manos de la policía, como un Jud diferente, barbudo, que seducía a una costurera sobre los toneles de una bodega. Ya un misionero católico internándose en las selvas infieles o un rey glotón y pederasta que se atiborraba de ternera. O un hermoso vagabundo con su guitarra al hombro. O un arquitecto francés que dibujaba jardines y puentes. O un criado de espesas patillas que encendía los cirios en una capilla ardiente. O un elegante bailarín de moda, militar probablemente, que tiraba besos a las mujeres. O un campesino tarasco que ordeñaba pacientemente a sus vacas. O la vaca misma; algo muy extraño.

—¡Ha muerto! —percibió esta vez, podría jurarlo.

Y él:

—¡Ningún ha muerto! —pero sin palabras.

Cómo, ¿o sí había muerto? Puesto que su lecho no era ya su lecho, sino un flamante ataúd de pino, forrado de seda blanca y mecido sobre un mar ondulante y gracioso. O no, mecido, no; sino llevado a cuevas penosamente por cuatro amigos ensayistas. Los ensayistas, rigurosamente enlutados, dejaban escapar ahogados sollozos que coreaba la muchedumbre. Olía a estiércol, piel de cabra y perfume de mujeres. Mas ocurría que el mismo Jud, a pesar de hallarse en el interior del féretro, también marchaba enlutado y solemne presidiendo el cortejo; esto le parecía por demás misterioso. Miró hacia atrás, bajo los árboles. Una caravana humana, compuesta principalmente por caballeros calvos, seguía a la fúnebre comitiva. Y de pronto, que el cortejo se detiene. Alguien inquiriere:

—¿Y la viuda?

Keats, apuntando con su afilado bastón de carrizo, replica persuasivamente:

—In the coffin, my dear.

Jud consulta su reloj. Han transcurrido demasiados años. Echa cuenta. Lo sepultaron a él, sepultaron al amante y hoy se la llevan a ella. Interroga, con angustia:

—¡Los niños! ¿Dónde están los niños?

Dos repugnantes vejestorios, con el bombín en la mano, se le aproximan. Jud reconoce a Horacio, a Periquito —el de su época universitaria. Se entera de que los demás también han muerto. Pretende sollozar, proclamar algo importante,

arrancarse algo del pecho. Sin embargo, se arroja angustiadamente sobre el féretro y lo destapa ante los atónitos ojos de todos. El ataúd está vacío y Jud prorrumpe:

—Me lo temía. ¡Todo ha sido una broma de mal gusto!

Keats, Emerson y Valery le golpean nerviosamente en el hombro, instigándole que circule. Cruza un tranvía. Sus dos hijos se han esfumado. En cambio, ahí está su mujer vestida de novia, impaciente y flexible, con un azahar entre los pechos desnudos. A su izquierda, un hombre de levita: Eliot. Jud va a gritar, “¡Traidor!”, y la multitud que levanta en vilo a la desposada. Mas ella logra desasirse y se lanza a correr sin volver atrás la vista. Tras ella, el novio. Detrás, los invitados. Jud se queda solo en el camposanto y empiezan a caer unas gotas. Convendría por lo pronto refugiarse en el féretro. Va a hacerlo apresuradamente cuando una voz desde adentro le anuncia:

—¡Alto ahí! ¿Qué se le ofrece? Ya es hora de acostarse.

Y a continuación las risotadas de Eliot.

Mas allí, sobre su almohada, otra voz vecina:

—Pero si vive... ¡Vaya usted corriendo a buscar al sacerdote!

Esto fue ya una bendición, como si lo bañaran con agua florida.

—Que todo me sea perdonado.

Y le fue, me imagino. ¿Qué inconveniente había en ello?

Transcurrido el tiempo, Jud pudo recuperarse, aprender a andar, a masticar, a distraerse aspirando el oloroso vaho de los parques públicos. Probó igualmente a que le diera el sol en los brazos y a mirar con voluptuosidad a lo lejos, unas veces hacia las nubes y las más a las cristalinas estrellas. Se percató de ciertas oscuras cosas: de sus juveniles años, de los hilos del telégrafo, de las tartas de ciruela, de las ciruelas en los árboles. Eran agresivos y recios los labios de las mujeres, y muy rara vez sus pechos. Larga, húmeda calzada de los poetas.

—Vaya, ya te vas mejorando.

Jud reestrenaba un traje gris, de americana cruzada, y una brillante corbata a rayas azules y blancas. Sus zapatos de charol crujían animadamente. Nueva vida, nuevo amor, primavera en octubre. Y caían las horas, y con ellas las hojas y algunos viejos remordimientos. De los antebrazos y el cuello desprendíanse unas leves escamas de piel que él miraba volar y caer con extrañeza y ternura. Estaba débil y conmovido, pero animoso. Su mujer llegaba a enardecerse.

—Basta, basta, ¡no seas loco! Todavía no es tiempo. Quitá... ¡Oh, qué tonto te has vuelto!

Y se recuperó el hombre, hasta parecer florido.

Mas llegó noviembre, el Día de Muertos, y Jud dijo:

—Ya pronto podré escribir. ¡Qué fortuna!

México, 18 de agosto de 1951.

[*México en la Cultura*, 14 de octubre de 1951, pp. 3-4.]

Se publica con la autorización de Julio Farell.